

Foi Inoue Respi

LA ADOLESCENCIA EN CRISIS

JORGE DE LIMA

Ante las incertidumbres que la confusión mundial nos ofrece, y frente a las perspectivas amenazadoras con que la vida complicadísima de hoy nos amenaza, percibíamos, aún en plena adolescencia, que debíamos ganar nuestro propio sustento.

Procedíamos de los más diversos orígenes; pero aun el más rico entre nosotros no se sentía tan seguro del porvenir que no pensase en buscar un oficio; adolescentes de las más diversas condiciones y posibilidades, operarios, acomodados y pequeños burgueses de diversas categorías, herederos, desheredados, ricos inclusive, corroidos de ~~concept~~ preconceptos capitalistas o no, todos, sin excepción, sentíamos, delante de las sorpresas de la vida económica, que debíamos buscar una ocupación técnica, practicar un oficio, procurar un medio de vida, en fin, que nos garantizase la subsistencia libre de toda dependencia de la economía. Nuestra aspiración era conseguir una situación cualquiera en una sociedad en que la tiranía económica se manifestaba avasalladoramente. Fuese como fuese, teníamos que ser técnicos, y esta obsesión llenaba todas las horas de nuestra juventud. Y, así, nos transformamos en especialistas de cualquier ramo en la universal contradanza, para agitarnos y fatigarnos hasta la muerte, comprometidos con un oficio o profesión que la organización burguesa de nuestro siglo sanciona como compatible con su estructura y sus vicios, originarios o adquiridos.

Y todo esto obedece, queramos o no, a la imposición del engranaje social en que vivimos. No es de admirar, por tanto, que hasta la vejez nos veamos envueltos por este afán materialista. La instrucción que nos proporcionan desde los bancos escolares, trae la intención de la envolvente y oportunista estructura social capitalista.

El mismo drama de la instrucción es el de la educación, proporcionada en los institutos de enseñanza, dirigida a la formación inmediatamente utilitaria de una clase de obreros intelectuales. Esto que se llama cultura general, es algo que en los colegios y otras instituciones se hace apenas para disfrazar al oportunista en potencial. Conquistamos un talismán que nos facilita la adquisición de varios títulos imprescindibles en el ambiente social de nuestros días, en que un humanismo deshumano se constituyó en sinónimo de inutilidad.

De esta manera, cuando, como simples estudiantes, vivíamos apenas en el limbo de los estudios anodinos, ya empezaban a inculcarnos una dirección de la que, en breve, no podríamos huir, obligados para siempre a la más desenfundada presión económica. No es que necesitemos inmolar a este obsesionante deber del trabajo una parte de nuestra corta existencia, no; su tutela se rige por el egoísmo más exigente: ella se apoderará hasta del último minuto de nuestro tiempo útil. Si intentamos despejarla de nuestra vida, a la que se adhirió como un nuevo epitelio, no lo conseguiremos; nunca más nos será posible impedir su invasión, y tendremos que sacrificarlo todo a su imperioso dominio. En plena adolescencia nos parecía que ganar la vida era de las empresas más fáciles, y cuando la adolescencia pasa nos damos cuenta que ni aún en la vejez se termina de ganar la vida. Gastamos nuestra existencia como forzados, hasta el día en que caemos, ganando la muerte como premio de la lucha de ganar el pan de cada día. ¿Cómo representar ~~ma~~ el mínimum de pan nuestro cotidiano necesario a la existencia? En una civilización tan compleja como la nuestra, el problema es difícilísimo; para el burgués de la clase media es hasta insoluble: los hombres de nuestro tiempo ponen, por en-

cima de todo, la conquista de los bienes materiales, y erigen en ideal el confort doméstico. Si podemos reaccionar contra ese absurdo confort material por encima de todo, nos veremos dominados por las imposiciones de nuestro medio. Y esto tanto más lo sentimos cuanto más avanzamos en edad: nos casamos, vienen los hijos, y las complicaciones se suceden, dependientes unas de las otras. Será preciso, para empezar, iniciarlos en nuestros mismos vicios de educación; y, en breve, las necesidades de la vida y de su profesión los dominarán por completo: es una trayectoria de trabajos continuos, en busca de un confort, siempre relativo, que unas pocas máquinas de uso doméstico les pueden proporcionar: radio, refrigerador, máquina de escribir...

Participamos de todos los vicios de la economía vigente. Somos, por tanto, miembros de la sociedad capitalista. Conociendo sus numerosísimos defectos, somos sus cómplices, aunque no queramos. Cualquier censura al capitalismo nos alcanza; y esta condición nos obliga a que no podamos desahogarnos y hablar a nuestro antojo. Pero no es sólo esto: toda nuestra existencia inmolada a aquel, sin nuestro asentimiento, nos transmite un inmenso e insoportable tedio. Y, cuanto más vivimos y los días monótonos transcurren, sentimos, dentro de nosotros, el recuerdo de la libertad perdida, y la sensación perfecta de la esclavitud a que nos obliga una organización social defectuosa.

El engranaje económico, dirigido para el éxito mundano y para las más anodinas representaciones, ceba un hombre exterior, un hombre que tiene negocios, etiquetas, compromisos mundanos y comerciales. Y este hombre exterior nos devora. Con las lentes de la adolescencia lo enfrentamos cautelosamente, y lo vemos crecer dentro de nosotros mismos; no queremos identificarnos con él o aceptarlo como nuestro yo, y, a pesar de ello, llega un día en que nos convencemos de que somos este ser torturado que vive sin tener tiempo siquiera para pensar. La técnica nos absorbe completamente: nos convertimos en una simple máquina, constituimos un eslabón de la complicada cadena económica actual; somos productores y consumidores: ¿seremos hombres todavía? Nuestra profesión -para no hablar aún de nuestro espíritu- nos anquilosa bajo la presión que en ella ejerce la tiranía del capital. A ~~menudo~~ veces, tales preocupaciones técnicas toman aparentemente una fase seductora; pero en breve comprendemos que todo está orientado para ciertas contingencias fijadas por una sociedad decadente. El trabajo depende, pues, más de innúmeras circunstancias externas que de verdaderas exigencias profundas. Indudablemente que la educación técnica por sí sola no es una solución a la vida de una criatura. Ser solamente técnico o especialista en cualquier cosa es, con certeza, una mutilación. Hacemos entonces un esfuerzo para ser algo más, y reservar así un poco de nuestro tiempo a un ejercicio espiritual que no sea sacrificado al utilitarismo económico. Cuando jóvenes, nos habían inculcado que existía otra cosa, una actividad ideal del espíritu infinitamente más pura y más alta: "Cultura". Procuramos conocerla, y cuando lo conseguimos penetramos realmente en un otro plano, en un otro ambiente. Cuando éramos estudiantes nos acontecía, a veces, encontrar hombres que corrían a sus negocios, mostrándonos sus vidas devoradas por las preocupaciones del oficio. Unos pocos, entre nosotros, no quisimos dejarnos arrastrar por este afán: procuramos huir a la presión de cualquier utilitarismo y consagrar una parte de nuestra vida a las preocupaciones espirituales. Nos decidimos por el camino de la cultura, o, mejor dicho, por el camino que no fuese el sacrificio de nuestras existencias a la tiranía del "medio de vida". Nos quedaba, con su gran seducción, el camino cultural, perspectiva sujeta a mil y una formas de interpretación.

La mayoría, sin embargo, siempre concordó en que cultura es sinónimo de ciencia. Por tanto, la solución rápida a la inmediata crisis era transformarnos en sabios, en hombres de laboratorio, hombres positivos, hombres

pesquisadores y una clara visión. Es preciso confesar que muchos de nuestra generación, con la mayor lealtad y el mayor esfuerzo, procuraron ser esta especie de hombres.

Algunos de nosotros nos sentimos seducidos por la atracción de la ciencia moderna: física, química, biología, etnografía y tantos otros carteles llamativos que constituyen el brillo de nuestra civilización, que la hacen única entre todas las civilizaciones. Única, aunque no una, pues esta complicada ciencia creció y fructificó bajo el signo de la división y del desmembramiento, y no bajo el de la unidad inconsútil. A pesar de todo, nuestra ciencia reina tranquila, segura de sí misma, en este inmenso dominio que va desde la identificación de la albúmina primitiva, causa primera, a la invasión de la estratosfera. Esta ciencia pretende anular dudas y tergiversaciones: sabemos una porción de cosas, y con el cálculo de probabilidades medimos el grado de aproximación de nuestra verdad reputada intangible e incommovible. Mas, de repente, nos espantamos: la ciencia engendró toda la industria de las guerras, que diezma, en masa, civilizaciones fanatizadas por su poderío; la ciencia ya olvidó los modismos de ha veinte años, con su fetichismo del psicoanálisis, de la relatividad. Y es así cómo, verdaderamente, cristalizó en nuestros días actuales en algunas adquisiciones transitorias, aunque realmente peligrosas. La ciencia de hoy se convirtió en algo muy complejo e impreciso, y, a pesar de ello, nada se puede suprimir de su territorio ocupado. La vulgarización es, pues, un absurdo. Las verdades científicas sólo tienen un sentido bajo su forma experimental y matemática. No se puede reducir la ciencia a nociones elementales sin quitarle su valor como tal. No se puede ni aún convertirlas en productos asimilables por la masa. La etnografía, por ejemplo, reducida a compendios, adquiere aires de folklore de "alegre ciencia", de ciencia de almanaque. Nos habíamos, pues, aislado, sin contacto con el mundo y con los hombres. Especialistas, nos veíamos obligados a mutilar a la criatura a fin de aplicarle nuestras experiencias. Estas no conseguían ser asimiladas por el gran público, pues hasta su lenguaje era incomprendido por aquellos que presumían de eruditos. El adolescente de mi generación y de las que le sucedieron, continúa en esta crisis, de la que es necesario salir por una organización social de tal forma humana que no lo inmoles a ninguna tiranía técnica, económica, u otra cualquiera. Con mucho gusto contaríamos la historia de las tentativas para otros rumbos que emprendieron algunos compañeros. Existen pocos testimonios, poquísimos; pero de ellos se podría deducir una norma para la adolescencia, una base para estudios concernientes a una cultura, ~~un humanismo~~ a un humanismo ~~menos~~ menos oportunista y menos decepcionante. Es posible que lo hagamos en ocasión más adecuada. Por hoy nos limitamos al registro de la crisis a que llegó el hombre provisorio y material -l'homme charogne-, como lo llamó Antonin Artaud.

JORGE DE LIMA

Versión española de
J. Torres Oliveros.